

futuro que la revolución augura, porque si la revolución quiere seguir siendo revolucionaria debe renunciar a la estabilidad que le da la organización estatal; debe hacer votos por perpetuarse de otro modo que el del Estado; un trotskismo lúdico siglo XXI. Y de esto, nadie sabe nada.

El libro muestra, también, la corta mirada histórica de la izquierda: todo nació en el XVII con el capitalismo; la nula mirada transhistórica de la izquierda: no hay más que tierra sin cielo; la confianza ciega en la voluntad pues las ideas son sólo muletas de los deseos; el torpe materialismo que la marca desde sus orígenes; el utopismo antiestatista que se convierte en estatismo totalitarios; etc.

Juan Fernando SEGOVIA

Jonathan I. Israel, *The Enlightenment that failed. Ideas, revolution, and democratic defeat, 1748–1830*, Oxford, Oxford University Press, 2019, 1080 pp.

Jonathan Israel (1946), historiador británico al que ya he presentado en otras ocasiones, enseñó por diecisiete años en Colegio Universitario de Londres y lleva dos décadas en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton. Es especialista en historia de los Países Bajos y de los judíos europeos. Pero su renombre se debe, sobre todo, a sus publicaciones sobre la Ilustración.

Atiéndase a los siguientes datos: en 2001 apareció *La Ilustración radical* (vertido al español en 2012); continuó en 2006 con *La Ilustración disputada*; al que siguió *La Ilustración democrática* en 2011; y ahora *La Ilustración que fracasó*, textos que aquí reseñaremos. Cada libro cubre un arco temporal de ciento ochenta años: 1650-1750 el primero; 1670-1752 el segundo; 1750-1790 el tercero; y 1748-1830 el cuarto. Este es el último de la serie, según anuncia (p. 934). Todos salieron de la Imprenta de la Universidad de Oxford.

Siempre relacionados con de la serie sobre la Ilustración, pero fuera de ella, son los libros sobre las revoluciones modernas: en 2010 publicó *Una revolución de la mente*, acerca de los orígenes ilustrados radicales de la democracia moderna (traducido en 2015); en 2014 *Ideas revolucionarias*, sobre la revolución francesa; y en 2017 *La llamada que se extiende*, dedicado a la revolución norteamericana. Son, en conjunto, siete libros con un total de cinco mil ochocientos treinta páginas.

La materia de la investigación está dicha en el título de la obra: *La Ilustración que fracasó*; el disparador de la investigación es una pregunta de párvulo: ¿por qué? Pero este no es juego infantil; antes hay otra pregunta: ¿qué Ilustración fracasó? Así se puede tener un cuadro más completo del conjunto: la Ilustración radical, la que tiene como portaestandarte filosófico a Baruch de Spinoza, como divulgador al Barón d'Holbach, y como activista cultural y político a Denis Diderot. Esta es la Ilustración (súmense los nombres de John Toland, Condorcet, etc.) que se ha hundido a consecuencia de la consolidación de los regímenes de las revoluciones americana y francesa, lo que facilitó el triunfo de las ideas contrarias, las de la Ilustración moderada (Locke, Montesquieu, Voltaire, Rousseau y otros).

La tesis no es nueva, su autor venía divulgándola en las obras anteriores; en ésta, en cambio, se dedica a demostrarla. Para Israel es evidente que las consignas de la Ilustración radical (derechos iguales y universales de los hombres, gobierno republicano democrático) eran dominantes a finales del siglo XVIII; pero ya en Francia —especialmente en el escenario convulsionado francés— habían empezado a zozobrar con la llegada al poder de los jacobinos capitaneados por Robespierre que despreciaron el cultivo de la razón al establecer la censura a la libertad de expresión y a los disidentes, el anti intelectualismo y el antifeminismo. Israel comparte la opinión de uno de los filósofos galos acerca del gobierno jacobino: Destutt de Tracy que, tras los años del Terror, lo llamó «ciega, irracional rebelión contra la mismísima razón» (p. 457). Nuestro autor lo califica de autoritarismo populista.

Para nuestro autor, estas orgías sangrientas —y otros acontecimientos— significaron un ulterior freno a la democratización, una debilitación del impulso democrático, esto es, de la Ilustración radical —pues para el caso son los mismo—, y un ascenso de la Ilustración moderada que —así lo entiende Israel— estaba aún anclada al esquema (al universo mental y político) del *ancien régime* (pp. 2 y 527), esto es: el respeto de la autoridad religiosa, el apoyo de la jerarquía social aristocrática, y la inclinación monárquica. Se frenaba la revolución, se imponía la reforma. En una ocasión dice más: el radicalismo fue desplazado por una Ilustración tecnocrática y militarizada, en referencia a la reforma de la educación de Napoleón (p. 593).

Si esto no bastara para la mala fortuna de la Ilustración radical, Israel denuncia que desde 1790 se forma un movimiento contra ilustrado que, a más de monárquico, buscó restablecer la autoridad

de la Iglesia. El siglo XIX, entonces, presenta un suceder conflictivo con tres actores ideológicos en pugna. El sector ilustrado radical, sin embargo estar en retroceso, pervivió entre los partisanos franceses de la *Idéologie*, los filósofos radicales benthamitas anglosajones, los revolucionarios de Haití y el americano Bolívar.

Podemos preguntarnos: ¿acaso no reverdecieron las ideas radicales de la Ilustración con el socialismo? Israel no opina así, el socialismo no combatió los prejuicios ni abrió la conciencia humana, se dedicó a dar poder al proletariado urbano y a postular la lucha de clases, dentro de un esquema mental que daba prioridad a lo económico. Empero, sabiendo que para nuestro autor la secularización de la sociedad en todos sus aspectos es bandera radical, ¿no es objetivo el hecho de que el marxismo y sus secuaces hicieron más que los radicales de Israel por destruir las bases religiosas de la sociedad, por la secularización? Pero Israel reclama que en el marxismo no ha habido lugar para el republicanismo democrático, la libertad intelectual y los derechos humanos.

Entre las aristas que en esta obra perfilan al radicalismo ilustrado –y que en las anteriores estaba insinuado– está la declaración de Israel de la oposición a los sentimientos y opiniones del simple pueblo, de la gente ordinaria (pp. 157, 186, 938); el radicalismo ilustrado cultiva la razón y distingue a los que –en política– saben lo que es el bien público («un cuerpo de verdades universales en sentido cosmopolita», dice en p. 27) dándoles el privilegio del ejercicio del poder. En la democracia radical ilustrada gobierna una élite distinguida por el mérito y el intelecto (p. 496). Debería informarse, Sr. Israel, que esto se parece mucho al elitismo del moderantismo ilustrado que usted abomina.

Precisamente una de las preocupaciones de Jonathan Israel está radicada en el concepto de Ilustración radical, que ha sido objeto de variadas críticas en estas dos décadas. El autor le concede una larga «Introducción» (pp. 1-33) y la conclusión (pp. 923-942), en las que intenta trazar las corrientes que confluyen en el holandés siglo XVII de Spinoza, destacando fundamentalmente la revuelta contra la autoridad de la religión y la proclama del universalismo político (contra las jerarquías, el patriarcalismo, el absolutismo, la esclavitud). Los moderados eran reformistas, los radicales iban por todo. En palabras del revolucionario francés Pétion, querían «una revolución universal en los principios políticos de todo el globo», que importaba luchar contra los abusos mediante la difusión de las ideas de los filósofos, «erradicar el fanatismo, la ignorancia y

los prejuicios que oprimen a los hombres» (p. 621). O, para valerlos de las ideas del propio Israel: la Ilustración radical sostiene el «uso de la filosofía para rechazar la autoridad religiosa vinculada a los planes republicanos de reforma hacia una amplia democratización» (p. 12).

No he hablado de la estructura del libro. La presento: el capítulo 1 es la Introducción, titulada «La Ilustración radical y la “Modernidad” (1650-1850)». La primera parte, «Los orígenes democráticos de la Modernidad» se despliega a lo largo de ocho capítulos: el ascenso del republicanismo democrático en los Países Bajos; del radicalismo renacentista al radicalismo ilustrado, esto es, Spinoza contra los epicúreos; de la Reforma radical al círculo spinozista: socinianos, grocianos y otras flores del jardín protestante; el deísmo inglés anterior a 1700, con Toland a la cabeza; los moderados y la tentación radical (Montesquieu); d’Holbach enfrentado a Rousseau y Voltaire; la revolución en Suecia y Finlandia, el modelo no violento del radicalismo.

La parte segunda se llama «Los derechos humanos y la revolución (1770-1830)» y comprende seis capítulos: un paralelo entre las revoluciones americana y francesa, para asentar esta quiebra moderna que es la imposición del modelo democrático; la invención de los derechos humanos universales e iguales; la emancipación de las mujeres; la nueva economía redistributiva; la codificación europea; la Ilustración contra el racismo y la unidad del género humano; y la unidad de la humanidad en torno a la propiedad, las clases y la emancipación del hombre.

La tercera parte lleva por título: «La revolución y las ideologías revolucionarias en competencia (1789-1830)», son nueve capítulos en los que se estudia: Robespierre y los jacobinos; la revolución suiza como modelo republicano democrático; la revolución belga entre el radicalismo y el conservadurismo; Condorcet frente a la reforma educacional napoleónica; la revolución en las universalidades alemanas; la represión intelectual y religiosa en el mundo angloamericano; el radicalismo americano en Nueva York y Filadelfia; la revolución en España y su fracaso; y la emancipación de los negros en la revolución haitiana.

La cuarta y última parte, en tan solo seis capítulos, se refiere a «La Ilustración que fracasó»: la reacción contra el radicalismo en Alemania y Holanda; el radicalismo filosófico benthamita; la frustración de la Restauración francesa; Bolívar y la Ilustración política revolucionaria; el giro socialista del radicalismo y el marxismo;

y la respuesta a los críticos de la Ilustración radical, capítulo 30 que funge de Conclusión. Sigue la bibliografía (70 pp.) y un exhaustivo índice.

Cerremos esta reseña. El libro tiene sus méritos, pues no se trata de negarle a Jonathan Israel sus virtudes: la erudición apabullante y el puntilloso relato histórico; pero no va más allá de ello. Puede servir para preparar lecciones y charlas, pero no enseña, a lo sumo informa. A los estudios de Israel en esta materia les sobra información, pero el continente filosófico, que hace de cernidor, es más pobre que San Francisco de Asís. Su exposición de Spinoza y/o de Diderot es indigente, primitiva, de manual; les ha dedicado cientos de páginas en todos sus libros, y apenas si ha profundizado ciertos registros trillados. Que yo sepa jamás intentó –por dar un ejemplo– remontarse a Descartes para ver qué le deben los radicales ilustrados. Sus libros no dan más de lo que pueden dar; no ayudan a meditar ni a pensar; como dije, en el mejor de los casos, informan. Así y todo, deben tomarse con cuidado, advertidos ya de su enfoque histórico maniqueo.

Las ideas de Jonathan Israel no están escondidas: es un ilustrado radical, que hace del radicalismo ilustrado su propia causa. No tengo la intención de corregirlo, tampoco la autoridad para hacerlo; pero sí puedo apreciar que su visión histórica es simplista, esto es, ideológica; que su caracterización de la Ilustración radical es lo suficientemente vaga e imprecisa, elástica, para permitirle al propio Israel decidir quién sí pertenece a él y quién no, qué ideas cobija y cuáles no; que su contraposición al interior del movimiento ilustrado es de un falso, forzado, maniqueísmo; que sus juicios no pocas veces exceden lo histórico para imponer a los hechos sus propios criterios; que ejemplo de esto último es la incompreensión –rayana en la ignorancia– de la religión; etc.

Juan Fernando SEGOVIA